



WILLIGIS JÄGER

la vida no termina nunca

2^a edición

Desclée De Brouwer

WILLIGIS JÄGER

LA VIDA NO TERMINA NUNCA
SOBRE LA IRRUPCIÓN EN EL AHORA

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2007

ÍNDICE

PRÓLOGO de David Steindl-Rast, OSB	13
INTRODUCCIÓN de Ursula Richard	19
NUESTRO FONDO ORIGINARIO	23
Dios es la fuente de la que emanamos	23
ENFERMEDAD - CURACIÓN	33
La fuerza curativa de nuestro ser más profundo	33
LA VEJEZ COMO OCASIÓN PARA UN SEGUNDO	
NACIMIENTO	59
El Viento dorado, o Completa tu nacimiento . .	59
Otro te ceñirá	68
MUERTE – MORIR – RESURRECCIÓN	73
Eterna es la vida, no la forma individual	73
La muerte no existe	84
Perder para ganar	90
FIN DEL MUNDO Y ORIGEN DEL MUNDO	95
También el fin del mundo sabe a Dios	95
¿Cómo puede permitir Dios eso?	114

P R Ó L O G O
de David Steindl-Rast, OSB

¿Quién leerá textos de Willigis Jäger sin darse cuenta de que lo que a él le importa es ayudarnos en nuestras dificultades? Es maestro en lo más profundo de su corazón. Le importa ser comprendido, más aún, le importa despertar en nosotros mismos, con la lectura, una comprensión que no es posible transmitir con palabras y que, sin embargo, tan sólo tiene que ser despertada, porque ya existe en lo más íntimo de nosotros: la comprensión mística.

Sí, en nuestro corazón está latente el don místico. No se puede recalcar lo suficiente el hecho –y sé que Willigis está completamente de acuerdo conmigo– de que un místico no es una persona especial, sino que cada persona es un místico especial. ¿De dónde provienen, pues, nuestras dificultades que Willigis, como místico y maestro de mística, intenta salvar? Me parece que nos encontramos con un obstáculo doble. Por un lado, hemos aprendido algo erróneo y, por otro lado, no hemos aprendido algo que nos hace falta, desgraciadamente, ahora.

Lo que hemos aprendido de forma errónea se refiere a nuestra comprensión de Dios. “Hemos agrandado demasiado la separación entre Dios y el mundo”, dice Willigis. “Nuestro concepto dualista del mundo nos ha separado de Dios”. Pero esa separación está en contradicción con nuestra vivencia humana más profunda. En Dios “vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28). Esta frase proclama lo que sabemos en lo más íntimo del corazón, y san Pablo está totalmente de acuerdo con ello. Pero en el momento en el que nos comprometamos con esta comprensión primordial, habremos saltado por encima del foso que no solamente nos separa de Dios, sino también del sentido de nuestra propia vida auténtica. Ese salto convierte el “Creer en Dios” en un “Vivir a partir de Dios”. En cada una de las páginas de este libro, Willigis nos anima una y otra vez, de diferentes maneras, a dar ese salto.

Pero tenemos que salvar un segundo obstáculo: una carencia. Al mundo en el que vivimos le falta en gran medida el sentido de la poesía. Ningún otro lenguaje, aparte de la poesía, es capaz de expresar la experiencia de Dios, aun cuando ésta fracase en lo que es inefable. Leyendo este libro es muy importante no olvidar ni por un momento que el lenguaje poético no debe tomarse en sentido literal. Si alguien dice: “Te ofrezco mi corazón” no se refiere para nada a una operación quirúrgica. La teología mística es a la teología de los libros de texto como la poesía a la crítica literaria. Y Willigis es un teólogo místico.

Descansa una canción en todas las cosas
Que sueñan incesantemente.
Y el mundo comienza a cantar
Si tan sólo das con la palabra mágica.

Willigis da con la palabra mágica a la que se refiere Eichendorff en esta poesía. Por ello, el mundo es para él “un organismo sagrado”. Y en este mundo, Dios es “el aliento de todo aliento” como dice Kabir. Únicamente esta visión dará esperanza de salvación y curación para nuestro pobre mundo enfermo.

La correcta comprensión de Dios y la correcta comprensión del mundo están inseparablemente unidas.

No solamente para los críticos de Willigis, sino para todos los que lean este prólogo, me he inventado un examen que hay que aprobar antes de tener permiso para seguir leyendo este libro. La mística se expresa de forma poética, decimos. Y la poesía, también la más seria, es juguetona. (El niño en nosotros recuerda todavía que no hay nada más serio que jugar). Mi examen juguetón comienza, pues, dejándonos coger de la mano cual niños por Christian Morgenstern quien, dicho sea de paso, fue un profundo místico. En una noche de luna nos conduce a un lugar sumamente misterioso y nos abre los ojos:

Tres liebres bailan a la luz de la luna
En el rincón de la pradera junto al lago:

Una es un león,
La otra una gaviota,
La tercera un corzo.

Quien pregunta, está juzgado,
Aquí no se comenta,
Aquí hacemos poesía;
Pero si te sientes obligado,
Elévalas al cuadrado
Y añade la volte
De una voltereta,
Y saca la raíz del todo
Y sueña el extracto como un sueño.

Entonces verás las liebres
En el rincón de la pradera junto al lago:
Con sus uñas como de plata
Caprichosamente giran
Como león, gaviota y corzo.

“Quien pregunta, está juzgado”, porque aquí se trata de poesía y no de discusiones. El que no tenga que preguntar ha aprobado el examen y tiene permiso para leer *La vida no termina nunca*. ¿Cómo podría alguien que no entiende este juego de niños entender el juego cósmico de Dios, en el cual la Realidad divina, que es una, se presenta cada vez en formas nuevas? Precisamente ésa es la cuestión con la poesía y la mística.

La sabiduría divina dice de sí misma en el Libro de los Proverbios que desde el comienzo de la creación disfruta jugando. Es un juego de transformaciones continuas. A fin de cuentas, este libro trata del juego del cambio y de la transformación. Rilke nos anima:

Ama la transformación. ¡Oh!, apasionate por
la llama
En la que se te quita una cosa que
Hace alarde de transformaciones:
El espíritu que concibe, que domina lo terrenal,
Ama en el brío de la figura tan sólo
El punto cambiante.

El que tenga el valor de comprometerse con la transformación, será generosamente obsequiado por este libro e “irrumperá en el Ahora”, el punto de transición.

INTRODUCCIÓN

de Ursula Richard

Cuando mi padre estaba muriéndose, nosotras –mi madre y mis dos hermanas– pasamos varios días y noches a su lado, la mayor parte del tiempo simplemente sentadas en silencio. Ese silencio era muy poderoso, hizo que estuviéramos muy presentes y nos aportó experiencias muy profundas. Pero en algunos momentos yo deseaba que tuviéramos una idea compartida por todas nosotras sobre el morir y la muerte, sobre la resurrección y el renacimiento, porque ello nos habría ayudado a realizar lo “correcto” en esta situación o, por lo menos, nos habría proporcionado consuelo.

A veces, confieso, me surgió un ligero sentimiento de envidia hacia los cristianos con fe, para los que la idea de una resurrección carnal resulta evidente, o bien hacia los budistas tibetanos, quienes en esas situaciones acompañarían al moribundo con la lectura del Libro Tibetano de los Muertos. En nuestra familia carecíamos de tales convicciones de fe.

Mis padres eran católicos comprometidos socialmente, pero prácticamente ya no les servían de nada los con-

ceptos de cielo, infierno, purgatorio y resurrección carnal. No sé muy bien lo que creían mis hermanas, nunca hablamos de ello. Yo misma me sentía cerca del budismo zen, pero tenía problemas con las ideas budistas sobre la reencarnación.

Algún tiempo después me relacioné intensamente con Willigis Jäger y con sus escritos, y me quedé impresionada por sus explicaciones sobre la muerte y el morir. Me tocaron profundamente. Tenía la seguridad de que podrían haber sido la base espiritual común para los miembros de mi familia e, incluso, lo eran ya entonces de forma no verbal, y siento mucho que mi padre, en sus últimos momentos no entrara en contacto con los libros de Willigis Jäger.

En mi opinión, Willigis Jäger posee la capacidad especial de poner de manifiesto para el hombre de hoy la esencia espiritual común a todas las tradiciones. Interpreta las imágenes antiguas y los relatos de salvación de una forma nueva. Muerte, resurrección o renacimiento se muestran bajo un nuevo aspecto, se comprenden de forma completamente nueva, de modo que ya no están en contradicción con nuestra moderna concepción del mundo que, desde luego, se diferencia bastante de la que existía cuando surgieron los dogmas de la Iglesia cristiana. Willigis Jäger explica una y otra vez por qué, después de todo, la vida no tiene fin y la muerte no existe, aunque cada uno de nosotros morirá en su personalidad. Sus palabras pueden ser

orientadoras para cristianos con dudas y para buscadores espirituales de cualquier índole.

Le pregunté a Willigis Jäger si estaría dispuesto a escribir un libro sobre los grandes desafíos en la vida del ser humano, como son la vejez, la enfermedad y la muerte, o sea, los aspectos que también el Buda describió como los aspectos centrales del sufrimiento humano. Para gran alegría mía, Willigis Jäger estuvo de acuerdo con este proyecto.

A sus exposiciones sobre vejez, enfermedad y muerte Willigis Jäger ha antepuesto sus ideas sobre nuestras imágenes y conceptos de Dios, porque esta comprensión condiciona de una forma muy decisiva nuestra relación con los desafíos existenciales mencionados anteriormente. El libro termina con sus declaraciones sobre las grandes catástrofes que suceden a la humanidad como, por ejemplo, la catástrofe del tsunami a principios de este año. Tales catástrofes suscitan de forma radical y nueva la pregunta sobre Dios (¿Dónde estaba Dios?), sobre el sentido y el sinsentido de la existencia humana.

Willigis Jäger da respuestas, también radicales. También en la catástrofe Dios está presente, siendo la catástrofe misma. Suena duro, pero también nos muestra que nunca estamos realmente abandonados por Dios, ni en la vida, ni en el morir.

Ursula Richard

NUESTRO FONDO ORIGINARIO

Aquel día comprenderéis
que yo estoy en mi Padre
y vosotros en mí y yo en vosotros.

(Jn 14,20)

DIOS ES LA FUENTE DE LA QUE EMANAMOS

A lo largo de los siglos las religiones se suelen desviar una y otra vez de la visión originaria de sus fundadores. Comienzan a institucionalizarse. Con el fin de mantener su influencia, la religión tiene que desarrollar una ideología pretendidamente incontestable para poder imponer esa ideología. Sigue aferrada a sus doctrinas, independientemente de los cambios que se van dando en su entorno. Es algo que les ha sucedido a todas las religiones. Únicamente la mística, a pesar de todas las persecuciones, ha quedado libre de este fenómeno. De ahí que la mística sea el instrumento para la renovación interior de toda religión.

Los sabios hindúes exigen que los buscadores auténticos, en su aspiración a lo divino, vayan más allá de nombres y formas. También los místicos cristianos exigen que busquemos lo divino más allá de todo concepto. Los peldaños de la subida del monte los denomina Juan de la Cruz “nada”. No se experimenta lo divino en el comprender, sino en el desprendimiento de toda idea. Agustín advierte: “Si lo comprendes, no es Él (Dios), y si es Él, no lo comprendes” (Pl.83,360). Otros autores expresan la misma idea: La persona que busca a Dios solamente podrá abrirse al misterio incomprensible por “la oscuridad resplandeciente” (Dionisio Areopagita); por el vaciamiento, por “la oscuridad del alma” (Buenaventura); “Quien cree haber reconocido a Dios, reconociendo alguna cosa, ése no reconoce a Dios” (Eckhart).

Lo que denominamos Dios es lo que se realiza y toma forma desde un fondo inconcebible.

¡Conoce quién eres!

Los místicos cristianos utilizan un rico lenguaje figurado para describir esa experiencia de unidad. Soy “una chispa de Dios” (Maestro Eckhart), “una gota del océano divino” (Teresa de Ávila), “una llama del fuego divino” (Juan de la Cruz), “Dios se alumbra en mí” (Orígenes), “Dios se hace fructífero en mí” (Agustín). Somos no-dos, una llama del fuego Dios, una ola del mar Dios, la vasija de lo divino.